

# NEW LEFT REVIEW 93

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2015

	<b>NUEVAS MASAS</b>	
PABLO IGLESIAS	Entender Podemos	7
ENTREVISTA	España en la encrucijada	33
	<b>ARTÍCULO</b>	
MIKE DAVIS	La teoría perdida de Marx	
	<b>NUEVOS MEDIOS</b>	
FRANCIS MULHERN	Una fiesta de rezagados	
	<b>ARTÍCULOS</b>	
JOANN WYPIJEWSKI	Solo en casa	
R. TAGGART MURPHY	Sobre el Japón de Shinzo Abe	
	<b>CRÍTICA</b>	
JOSHUA RAHTZ	¿Flaquea el motor alemán?	
EMMA FAJGENBAUM	Tzara aproximativo	
VOLODYMYR ISHCENKO	Mitologías del movimiento Maidán	

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES  
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

## LA TEORÍA PERDIDA DE MARX

*La política del nacionalismo en 1848*

**D**E QUÉ HABLAMOS cuando hablamos de nacionalismo? Al parecer, de demasiadas cosas. Un sociólogo se queja de que «los estudios académicos sobre etnicidad, raza y nacionalismo han proliferado sin límites»; un destacado historiador los considera «intolerablemente proteicos»<sup>1</sup>. En su reciente manual, el sociólogo británico Anthony Smith –quien es, entre otras cosas, el principal bibliógrafo de los estudios sobre el nacionalismo– describe una propagación intelectual tan incontenible como el desbordamiento urbano de Los Ángeles: «Son debates difusos y con un ámbito muy amplio. Tratan no solo ideologías nacionalistas en competencia, sin limitarse a las disputas entre las más enfrentadas, sino que se manifiestan en ellos desacuerdos radicales sobre las definiciones de los términos clave, historias muy divergentes de la nación y concepciones rivales del “aspecto de las cosas por venir”». Entre los campos actualmente en pugna, Smith distingue «primordialistas», «perennialistas», «neoperennialistas», «instrumentalistas» y «modernistas» (a los que podría haber añadido «constructivistas», «neoweberianos» y «neobeardianos»), considerándose a sí mismo un «etno-simbolista», que investiga el nacionalismo como la modernización de identidades culturales preexistentes<sup>2</sup>. Frente a tantas elisiones categóricas, tipologías en conflicto y perspectivas disciplinarias incongruentes, los estudios sobre el nacionalismo parecen impregnados de lo que Clifford Geertz llamaba un «aura atrofiante de ambigüedad conceptual»<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Rogers Brubaker, «Ethnicity, Race, and Nationalism», *Annual Review of Sociology*, vol. 35, 2009, p. 22; J. G. A. Pocock, «Review of *British Identities Before Nationalism* by Colin Kidd», *The Scottish Historical Review*, vol. 79, núm. 2, octubre de 2000, p. 262.

<sup>2</sup> Anthony D. Smith, *Nationalism*, Cambridge, 2010, p. 3.

<sup>3</sup> Clifford Geertz (ed.), *Old Societies and New States*, Nueva York, 1963, p. 107.

Sin embargo, hasta muy recientemente la mayoría de las voces discordantes en esa cacofonía compartían tres presupuestos centrales raramente impugnados. El primero es un «nacionalismo metodológico» que equipara las sociedades modernas con los Estados-nación y al Estado con la nación política. El segundo es la autonomía, o incluso primacía, del nacionalismo como fuerza histórica (la filósofa política Erica Benner ha satirizado esa creencia en «un conjunto único de valores nacionales, apreciados por la mayoría de los miembros de la nación, que fácilmente los sitúan por encima de otros valores e intereses, siempre que los nacionalistas dicen que así debe ser»<sup>4</sup>). El tercer presupuesto es que existe una distinción fundamental entre los nacionalismos liberales y los reaccionarios. Esa dicotomía recibió su forma más acabada en *The Idea of Nationalism* (1944), del exiliado checo Hans Kohn, donde oponía el nacionalismo «cívico occidental» (político) al «étnico oriental» (cultural)<sup>5</sup>.

### *Nacionalismo sin nación*

Esos supuestos básicos, junto con los paradigmas en disputa presentados por Smith, fueron examinados con mucho detalle por jóvenes sociólogos de convicciones bourdieusianas y neweberianas durante la década de 1990, caracterizada paradójicamente tanto por la integración en el mercado global de las antiguas economías de planificación estatal como por una oleada inesperada de nacionalismo exacerbado y guerra civil en lo que se llamaba en otro tiempo el «Segundo Mundo». Mientras que la generación anterior de estudiosos de las décadas de 1970 y 1980

---

<sup>4</sup> Erica Benner, *Really Existing Nationalisms: A Post-Communist View from Marx and Engels*, Oxford, 1995, p. 222.

<sup>5</sup> Kohn examinó en más de una docena de libros publicados entre 1933 y 1967 el nacionalismo en «el Este», principalmente en la URSS, así como en Suiza, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia. Tras pasar de un sionismo desencantado a convertirse en uno de los principales defensores de un Estado binacional en Palestina, Kohn argumentaba, sin embargo, que el «nacionalismo ético» de los judíos ofrecía la primera prueba de que la universalidad se podía combinar con la nacionalidad, un ideal subsiguientemente encarnado en el liberalismo angloestadounidense y neerlandés y en el republicanismo francés. Durante la Guerra Fría, abandonó sus últimas simpatías (ardientes a principios de la década de 1920) por la Unión Soviética para abanderar la propaganda del Mundo Libre. En *American Nationalism: An Interpretative Essay* (1957), celebraba la historia de Estados Unidos como el florecimiento irresistible del liberalismo inglés y el racionalismo francés en el ámbito de una oportunidad económica sin precedentes. Ese libro, publicado paradójicamente el mismo año que los disturbios y las bayonetas bloqueaban en la Central High School de Little Rock (Arkansas) la integración racial ordenada por el Tribunal Supremo, ensalzaba el «nacionalismo cívico» estadounidense como el ideal global para la construcción de la nación.

(Gellner, Anderson, Smith, Hobsbawm) se había interesado primordialmente por las condiciones y transformaciones que dieron lugar a los Estados-nación modernos, dando por supuesta su existencia posterior como «entidades estáticas, delimitadas y homogéneas», la nueva generación, enfrentada al repentino surgimiento de los nacionalismos poscomunistas catastróficos en un mundo supuestamente «globalizado», se interesaba más por «la dinámica de los cambios relativamente rápidos en los grados de agrupamiento étnico, racial o nacional». La dicotomía de Kohn, en particular, comenzó a parecer irrelevante. Los nacionalismos, escribía Rogers Brubaker, son demasiado «diversos, normativa y empíricamente» como para ser clasificados «en tipos con perfiles empíricos y morales claramente definidos», especialmente cuando adjetivos como «étnico» son igualmente abstractos. En otro texto propuso que la «grupalidad», ya fuera étnica o nacional, fuera reconocida como «una variable, no una constante; no puede darse por supuesta». Era necesario, por lo tanto, «desacoplar el estudio del sentido de nación y del sentimiento nacional del estudio de las naciones como entidades, colectividades o comunidades sustanciales»<sup>6</sup>.

Rogers Brubaker fue uno de los primeros impulsores de esa revuelta contra el «sustancialismo». En su libro pionero de 1996 *Nationalism Reframed*, en el que revisaba el resurgimiento del nacionalismo en los Estados colapsados de la URSS y Yugoslavia, se preguntaba cómo unas identidades complejas multiestratificadas se podían ver anuladas de repente por «la terrible simplicidad categórica de la nacionalidad asignada». Rechazaba la tesis del estilo «bella durmiente» de que las naciones federadas por el comunismo estuvieran simplemente esperando un beso de la democracia occidental que las despertara. Proponía en su lugar que los teóricos abandonaran la búsqueda del Santo Grial de la «nación» esencial y se concentraran en su lugar en la «dinámica procesual del nacionalismo»:

Mi argumento, reducido a una fórmula, es que deberíamos concentrarnos en la nación como una categoría práctica, el sentido de nación como una forma política y cultural institucionalizada y el sentimiento nacional como un acontecimiento contingente, evitando usar el concepto analíticamente dudoso de «naciones» como colectividades perdurables y sustanciales.

---

<sup>6</sup> Citas de R. Brubaker: «The Manichean Myth: Rethinking the Distinction between “Civic” and “Ethnic” Nationalism», en Hanspeter Kriesi *et al.* (eds.), *Nation and National Identity*, Zurich, 1999, p. 69; «Ethnicity, Race and Nationalism», cit., pp. 13, 30; y *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe*, Cambridge, 1996, p. 16.

El nacionalismo, además, «no es engendrado por las naciones. [Dicho en la terminología de Bourdieu] es producido –o mejor aun, es inducido– por *campos políticos* de un tipo particular». «La reificación o cosificación –añadía– es un proceso social, y no solo una práctica intelectual. Como tal, es decisivo en el fenómeno del nacionalismo»<sup>7</sup>.

Siniša Malešević ofrece un juicio aun más radical. «La identidad nacional –declara– es una quimera conceptual que no merece una investigación analítica seria. Es un concepto teóricamente vacío que carece además de referentes empíricos claros»<sup>8</sup>. Su bestia negra ha sido el uso promiscuo de la «identidad» como un «término válido para cubrir cualquier cosa, un atajo que elude el rigor de la explicación»<sup>9</sup>. «La diferencia cultural enmarcada como diferencia étnica es sociológicamente relevante únicamente cuando es activa, movilizadora y dinámica», esto es, politizada<sup>10</sup>. Dado que la etnicidad es un constructo políticamente conformado («no un grupo, sino una forma de relación social»), sugería que la nación como etnicidad politizada es simplemente una tautología: «Lo más importante es que tal concepción no distingue claramente entre los procesos casi universales y transhistóricos de politización de la diferencia colectiva que se observan en todas las relaciones étnicas, y la serie históricamente específica de acontecimientos y prácticas que caracterizan la formación de la nación. El sentimiento nacional es una novedad histórica profundamente contingente»<sup>11</sup>.

Haciéndose eco de la idea de Ernst Haas de una «*Gemeinschaft* sintética», Malešević atribuye el poder secreto del nacionalismo a su capacidad para reconciliar la «calidez» de mundos sociales íntimos con la «frialidad» de la sociedad burocrática: «Con otras palabras, la ideología nacionalista intenta tender un puente que supere la distancia entre la parte estatal y la parte nacional del Estado-nación, presentando la nación como una comunidad de amigos íntimos o una familia extendida gigante»<sup>12</sup>. Insiste, no

<sup>7</sup> R. Brubaker, *Nationalism Reframed*, cit., pp. 7, 15-17, 21.

<sup>8</sup> Siniša Malešević, «The Chimera of National Identity», *Nations and Nationalism*, vol. 17, núm. 2, 2011, pp. 272-273.

<sup>9</sup> S. Malešević, *Identity as Ideology: Understanding Ethnicity and Nationalism*, Nueva York, 2006, p. 7.

<sup>10</sup> S. Malešević, *The Sociology of Ethnicity*, Londres, 2004, p. 4. Malešević recuerda a sus colegas que Weber también era un no esencialista que creía, que la etnicidad debe ser conceptualizada como «un atributo social potencial y no como una característica grupal real» (p. 10).

<sup>11</sup> S. Malešević, *Identity as Ideology*, cit., p. 28.

<sup>12</sup> Ernst Haas, *Beyond the Nation-State: Functionalism and International Organization*, Stanford, 1964, p. 455; y S. Malešević, *Nation-States and Nationalisms*, Cambridge, 2013, p. 15.

obstante, en que esa fusión de la emoción doméstica y la fe abstracta no es «la estructura religiosa de acción colectiva» que suponen Anthony Smith y Régis Debray<sup>13</sup>. «Aunque el nacionalismo exhibe con frecuencia una apariencia cuasi religiosa, elabora rituales deificados, toma prestado el vocabulario y la imaginaria espiritual, y suele presentar las naciones como entidades semidivinas, esto no explica gran parte de la historia de sus relaciones entre lo social y lo sagrado». Reiterando que las ideas de Smith están «todavía encadenadas al legado de Durkheim», Haas nos recuerda que este se vio atrapado en el círculo vicioso de explicar lo sagrado por lo social y lo social por lo sagrado. «¿Expresan la religión y el nacionalismo, como forma de religión política, la solidaridad elemental del grupo, o la generan?». Los neodurkheimianos tienen que optar entre una y otra alternativa». Malešević también critica a Smith por poner demasiado énfasis en la integración normativa al tiempo que rebaja el papel del conflicto social. En última instancia, «lo esencial para cualquier manifestación súbita e intensa de la pertenencia a un grupo es precisamente el contexto de conflicto social potencial o real»<sup>14</sup>.

Aunque Brubaker y Malešević pretenden sobre todo la renovación de la sociología clásica, especialmente del formidable legado del constructivista número uno, Max Weber, su trabajo también abre la puerta a la economía política e invita a una respuesta creativa por parte de los historiadores radicales. Apartando el debate de la «sustancia nacional» o el «núcleo étnico», dirigen su atención a los beneficios reales del nacionalismo, los intereses acumulados y servidos por las ilusiones manufacturadas de la identidad nacional. Su objeto de atención académico es la *física* de la interacción y el conflicto social, comenzando por las solidaridades íntimas –familias, iglesias, grupos, clubes de fútbol, etcétera–, de los que extraen su carga emocional las comunidades nacionales imaginadas<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> Anthony D. Smith, *Chosen Peoples: Sacred Sources of National Identity*, Oxford, 2003; y Régis Debray, *Critique of Political Reason*, Londres y Nueva York, 1983.

<sup>14</sup> S. Malešević, «“Divine Ethnies” and “Sacred Nations”: Anthony D. Smith and the Neo-Durkheimian Theory of Nationalism», *Nationalism and Ethnic Politics*, vol. 10, núm. 4, 2004, pp. 561, 587. Sobre la caracterización por Debray del razonamiento circular de Durkheim, véase *Critique of Political Reason*, cit., pp. 172-173.

<sup>15</sup> Empleando instrumentos tanto etnográficos como sociológicos, Malešević y Brubaker han explorado independientemente esas solidaridades. Brubaker, junto con colegas locales, ha dirigido un ambicioso estudio de la política nacionalista y la etnicidad cotidiana en la ciudad transilvana de Cluj-Napoca, donde «el intenso e insoluble conflicto etno-político en el seno de la elite», antes espoleado por la dictadura de Ceaucescu, se mantiene hasta hoy día. Uno de sus descubrimientos más interesantes en esa ciudad, donde magiares y rumanos han coexistido durante siglos, es una espectacular diferencia en la temperatura nacionalista dentro de la esfera

La *química* política, no obstante, de trasmutar el interés sectorial en nacional o crear intereses nacionales para conciliar intereses particulares en competencia, y la cambiante configuración de esos intereses con el tiempo, debe analizarse desde otro punto de vista; preferiblemente desde un punto de vista teórico capaz de afrontar el peliagudo problema de cómo la macroestructura socioeconómica (las relaciones de producción, las divisiones de clase, las formas de propiedad), así como los sistemas internos muy arraigados de opresión racial, étnica o religiosa, influyen o, incluso, generan doctrinas nacionalistas. Tal teoría, históricamente explicada, no puede realizar divisiones categóricas, sino que debe situar el nacionalismo en el campo político más amplio. Por útil que pudiera ser para simplificar el análisis, no hay una muralla china entre la historia política del nacionalismo y las historias económica y social del Estado-nación.

### *Marx contra Marx*

Erica Benner, otra participante en los debates de la década de 1990, asegura que el armazón de tal teoría se puede encontrar en un lugar sorprendente; desde hace tiempo viene incitando a los teóricos del nacionalismo a releer ciertos textos de Marx. Su tesis doctoral en Oxford, publicada en 1995 como *Really Existing Nationalisms: A Post-Communist View from Marx and Engels*, fue una contribución valiosísima, a veces subestimada, a la crítica de la teoría del nacionalismo durante la década de 1990. Como muchos otros, quería ir más allá del debate infinito entre los partidarios de Anthony Smith y los de Ernest Gellner sobre «si las naciones (no los nacionalismos) son entidades perennes o creaciones nuevas –y por ello probablemente transitorias– de la modernidad»<sup>16</sup>. Volviendo a Marx, empero, se situaba frente a una fuerte corriente contemporánea de pensamiento posmarxista que ha resucitado el viejo infundio de Franz Borkenau de que «el nacionalismo es el hecho contra el que la teoría marxista fracasa invariablemente»<sup>17</sup>. Tom Nairn escribió asimismo en 1975 que «la teoría del nacionalismo representa el gran fracaso histórico del marxismo»; Ernesto Laclau coincidía con ese juicio

---

política chovinista y fuera de ella, en la vida cotidiana, donde la gente está mucho más preocupada por el malestar económico que por la hegemonía de su cultura nacional respectiva. De modo parecido, Malešević ha demostrado en varios estudios perspicaces que los odios etno-nacionales en la antigua Yugoslavia no brotaron tanto desde abajo, sino que fueron atizados desde arriba, acicateados mediante un intenso fomento del miedo por los medios controlados por los señores de la guerra.

<sup>16</sup> E. Benner, *Really Existing Nationalisms*, cit., p. 98, nota 4.

<sup>17</sup> Franz Borkenau, *World Communism*, Nueva York, 1939, p. 94.

y apuntaba a la supuesta negativa de Marx a reconocer «la especificidad e irreductibilidad de las identidades nacionales»<sup>18</sup>. Régis Debray, como de costumbre, llevaba las cosas al extremo; en su opinión, los marxistas simplemente no han sabido nunca entender las leyes que gobiernan la «organización cultural de la colectividad humana»: «La nación es como el núcleo atómico en una conflagración general del marxismo como teoría y el socialismo como práctica». «Como el lenguaje –pregonaba–, la nación es una invariable que atraviesa los modos de producción». También reprochaba a Marx carecer de una teoría de la política<sup>19</sup>.

Pero Benner, que se ha convertido en toda una autoridad sobre Maquiavelo<sup>20</sup>, encontró muy interesante a Marx (y también a Engels, aunque en un grado considerablemente menor), porque insistían en «la limitada autonomía del nacionalismo» al tiempo que ponían de relieve «el papel desempeñado por los procesos transnacionales en la activación de la conciencia “nacional” moderna y los esfuerzos de construcción de la nación». Muchos exégetas, en su opinión, «tendían a reconstruir las opiniones de Marx y Engels sobre las cuestiones nacionales a partir de sus afirmaciones teóricas más abstractas, pasando por alto las estrategias concretas que recomendaron en determinados contextos políticos». O para decirlo más enérgicamente, no reconocían los elementos de «una *teoría estratégica de la política* que, aunque se centraba en el análisis de los conflictos de clase, no se reducía a él». «Marx y Engels –explica Benner– tratan la clase como la unidad básica del análisis y marco para la acción colectiva. Pero las relaciones entre clase y proyectos nacionalistas, clase y “conciencia” nacional, son para ellos mucho más complejas y variables de lo permitido por el marco reduccionista de clase estándar». En cuanto a los posmarxistas, «muchas de sus críticas más afiladas se basan en hipótesis erróneas sobre lo que constituye una explicación adecuada del nacionalismo», que en parte no eran sino pura ingenuidad histórica. Tras la caída del Muro, «parecía razonable pensar que todo nacionalismo poscomunista debía ser democrático y occidentalizante. Esa fácil hipótesis se emborronó tras los levantamientos de 1989, del mismo modo que los acontecimientos de 1848 trastornaron la equiparación mazziniana entre nacionalidad y fraternidad republicana»<sup>21</sup>.

---

<sup>18</sup> Tom Nairn, «The Modern Janus», *NLR* 1/94, noviembre-diciembre de 1975, p. 3; Ernesto Laclau, «Introduction» a Ephraim Nimni, *Marxism and Nationalism: Theoretical Origins of a Political Crisis*, Londres, 1991, p. vi.

<sup>19</sup> Régis Debray, «Marxism and the National Question», *NLR* 1/105, septiembre-octubre de 1977, pp. 26, 31, 32.

<sup>20</sup> Erica Benner, *Machiavelli's Prince: A New Reading*, Oxford, 2013; y *Machiavelli's Ethics*, Princeton, 2009.

<sup>21</sup> E. Benner, *Really Existing Nationalisms*, cit., pp. 9, 50, 228 (la cursiva es mía).



Benner puede hallar ocasionalmente más significado que cualquier otro lector en algún que otro pasaje de Marx, pero lo cierto es que su reconstrucción de sus ideas es un auténtico *tour de force*. Aunque se han escrito muchos textos en torno a las opiniones de Marx y Engels sobre el colonialismo, las llamadas «naciones sin historia» y el derecho de autodeterminación, ella es la primera en situar directamente las ideas de ambos sobre el nacionalismo en el marco de una teoría materialista de la política<sup>22</sup>. La interpretación de Benner, junto con mis interpolaciones, quedarán mejor situadas en el paradójico contexto de los análisis más extensos realizados por Marx y Engels de las relaciones entre política de clase y nacionalismo: sus artículos, comentarios y panfletos en torno a las revoluciones de 1848, celebrados pero en muchos aspectos desconocidos. Marx y Engels realizaron en la *Neue Rheinische Zeitung*, la revista editada en Colonia fundada por la Liga Comunista, una crónica detallada del avance de las insurrecciones de París, Berlín, Viena y Budapest, al tiempo que defendían la unificación alemana «de abajo arriba» a cargo de una amplia coalición de fuerzas democráticas. En una llamativa formulación que resurgiría más tarde en ciertas polémicas sobre Irlanda y los afroamericanos<sup>23</sup>, Engels afirmó que «la creación de una Polonia

---

<sup>22</sup> Desgraciadamente, ese debate se ha desarrollado muy a menudo mediante citas selectivas, razonamientos elípticos y una especulación desmedida. Los autores acostumbra a eludir la espectacular evolución del pensamiento de Marx, en particular en relación con su apasionada inmersión en la política del momento; se yuxtaponen citas de 1844 con otras de 1870, como si tuvieran la misma autoridad. Por esta razón, *The World of Nations: A Study of the National Implications in the Work of Karl Marx* (Nueva York, 1941), de Solomon Frank Bloom, sigue siendo el mejor punto de partida en inglés para entender el desarrollo del pensamiento de Marx sobre el nacionalismo. Aunque descatalogado y raramente citado, este libro, elegantemente escrito, puede abrir los ojos a muchos, especialmente a quienes piensan que Marx era radicalmente antinacionalista o que creía en la desaparición automática de la nación bajo el socialismo. Bloom, que leyó en alemán prácticamente todo lo que entonces había disponible de Marx, interpreta los textos con escrupulosa atención a su circunstancia histórica, así como a las revisiones posteriores de sus ideas. Resulta, por lo tanto, una ayuda casi indispensable para la lectura de Benner.

<sup>23</sup> Antes de la década de 1860, Marx y Engels evaluaban la política internacional con el doble criterio de los intereses de la totalidad de la clase obrera y del progreso socioeconómico de la humanidad en general, por lo que «no era posible una actitud coherente en todo lugar y todo momento con las aspiraciones nacionales [...]. El mismo tipo de reflexión internacional podía dar la bienvenida a la independencia de ciertas naciones y rechazar enojadamente la de otras» (S. F. Bloom, *The World of Nations*, cit., p. 7). Sin embargo, la Guerra Civil estadounidense, la sublevación polaca y las conspiraciones fenianas crearon una nueva problemática estratégica que hizo a Marx comenzar a concebir la igualdad racial y la liberación colonial como condiciones previas para la conciencia revolucionaria entre los trabajadores blancos estadounidenses o ingleses. A esto le siguió en la década de 1870 su reconsideración del papel de las luchas de clases agrarias en el posible colapso interno

democrática es la primera condición para la creación de una Alemania democrática». Marx y él coincidían en que la guerra contra Rusia, en alianza con la Francia revolucionaria y con la emancipación de Polonia como objetivo principal, era la única vía que podía llevar al nacionalismo democrático al poder en el centro de Europa<sup>24</sup>.

Exiliado en Londres desde agosto de 1849, Marx concentró su atención en el destino de la Revolución de Febrero en Francia, escribiendo de hecho su obituario: *La lucha de clases en Francia, 1848-1850* y su secuela, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, que conviene leer como un único texto: la falta de apreciación del primero ha llevado a menudo a interpretaciones distorsionadas del segundo (habría que leer además la «*Revue Mai bis Oktober [1850]*», publicada en la *Neue Rheinische Zeitung Revue* en el exilio [MEW, Berlín/DDR, Dietz Verlag, 1973, Band 7, pp. 421-463], donde Marx esbozó audazmente las coordenadas geopolíticas y económicas globales del terremoto acaecido en Europa). Los textos sobre Francia desafían una clasificación simple como teoría, periodismo o historia instantánea, y quizá se deben entender como un género original de literatura política en el que los conceptos teóricos se desarrollan y aplican, sin formalizarse abstractamente, al tiempo que se trata de pensar y llevar a la práctica una política socialista. Marx, además, emplea una terminología —«fracciones de clase», «camarillas», «confabulación de facciones», «lumpenproletariado», etcétera— que cabe entender como una sociología política incipiente del paisaje intermedio entre las relaciones de producción y la colisión de intereses económicos políticamente organizados. De hecho, Terrell Carver argumenta sagazmente que «el vocabulario colorido, extravagante, descuidado y aparentemente ateórico de Marx es de hecho teoría política de la mejor»<sup>25</sup>.

---

del zarismo. Engels, que apoyaba decididamente la lucha por la independencia irlandesa, mantuvo sin embargo hasta su muerte una actitud de «gran alemán» frente a los derechos de las pequeñas nacionalidades eslavas, a menudo expresada de forma chocante: véase la revisión impresionantemente documentada de todos estos temas en Kevin Anderson, *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*, Chicago, 2010.

<sup>24</sup> Friedrich Engels, «Die Polendebatte in Frankfurt», *Neue Rheinische Zeitung*, núm. 70, vom 9. August 1848, en *Marx/Engels-Werke*, Berlín/DDR, Dietz Verlag, Band 5, 1959, pp. 333-335 (de aquí en adelante MEW); Friedrich Engels, «The Debate on Poland in the Frankfurt Assembly», en Karl Marx, *The Revolutions of 1848: Political Writings*, volume 1, London y New York, 2010, p. 152.

<sup>25</sup> Terrell Carver, «Marx's Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte-Eliding 150 Years», *Strategies*, vol. 16, núm. 1, 2003, p. 9.

Traducidas en proposiciones teóricas, Marx presenta importantes proposiciones en los textos sobre Francia que difícilmente cuadran con los estereotipos posmarxistas de «clase *versus* nación» o la invariable primacía causal de las relaciones de producción.

- ▶ Las revoluciones se desarrollaron simultáneamente en los espacios triádicos de la nación (estructurada como Estado-nación o aspirante a serlo), el mercado mundial y el sistema interestatal europeo (la Santa Alianza). Marx estaba particularmente interesado en las interconexiones de esos tres espacios: por ejemplo, cómo afectaba al clima insurreccional en Europa la irrupción dramática del capitalismo en Asia oriental y el Pacífico –el tráfico del opio, la conquista neerlandesa de Java y la fiebre del oro en Australia y California–; o la eventual radicalización del cartismo británico como consecuencia de las revoluciones en el continente.
- ▶ En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels decían que «los trabajadores no tienen patria (*Vaterland*)», pero inmediatamente añadían que el proletariado es «en sí mismo nacional» en la medida en que «debe aspirar a convertirse en la clase dirigente de la nación, debe constituirse a sí mismo como nación», a fin de lograr la «supremacía política». Esta opaca formulación fue clarificada más tarde en Colonia y en Londres, cuando Marx argumentó que una guerra defensiva contra la Santa Alianza era el modo necesario mediante el que los proletarios franceses y los demócratas revolucionarios alemanes podían aspirar a lograr esa «supremacía» *en bloc* con los campesinos y las clases medias.
- ▶ En un primer momento las revoluciones de 1848 aparecieron como un archipiélago de levantamientos exclusivamente urbanos. Marx insistía en que el siguiente paso adelante debía ser una alianza democrática con el campesinado. El campo aseguraría el triunfo de la insurrección democrático-revolucionaria o sería su sepultura. Tal alianza debía construirse sobre el terreno del nacionalismo revolucionario y contra la intervención extranjera. Lejos de denunciar el nacionalismo, los socialistas debían ponerse al frente de la defensa nacional.

- ▶ En ciertas condiciones de lucha de clases estancada o inmadura, el aparato de Estado puede convertirse en «comité ejecutivo de sí mismo», capaz de ejercer el poder en su propio interés cleptocrático.
- ▶ El contenido económico del nacionalismo/de la política –excepto en periodos de crisis o en los países más avanzados– suele derivar de «formas secundarias de explotación» o de pugnas entre distintos grupos de propietarios. Marx, de hecho, dedicó buena parte de la década de 1850 a tratar de entender la política autónoma del dinero y el crédito, que había desempeñado un papel tan destacado en lo sucedido en Francia y otros lugares.

### *Clases y nacionalismo*

Mediante una prosa afilada con acerada ironía y un «brío casi rabelesiano», Marx propuso un notable análisis, por insuficiente que fuera, de las diversas capacidades de las clases sociales francesas para actuar estratégicamente a escala nacional y enarbolando como discurso el interés nacional<sup>26</sup>. Los acontecimientos en Francia en 1848 constituyeron una batalla entre trabajo y capital tan solo en un sentido premonitorio: la insurrección de junio en nombre de la República Social fue como un rayo que anunciaba una nueva época histórica, pero solo eso. La economía francesa, todavía mayoritariamente agrícola, atravesaba una transición entre distintos modos de producción y formas de explotación. Si bien la revolución industrial había creado islas de producción moderna en algunas ciudades y regiones, la clase obrera fabril y sus patronos no eran todavía clases sociales conscientemente organizadas a escala nacional. El socialismo en diversas variantes era, sin duda, más fuerte en París que en ningún otro lugar del mundo: en 1851, por ejemplo, había en la ciudad casi doscientas «asociaciones de trabajadores de inspiración socialista». La izquierda, no obstante, estaba impregnada de una cultura cosmopolita, pero preindustrial, de trabajo artesanal, que constituía un continuo jacobino con la pequeña burguesía democrático-republicana<sup>27</sup>. Los seguidores de Proudhon, que constituían la mayor tendencia, eran asociacionistas y federalistas antiautoritarios, cuya auténtica *patrie* era el *pays*, lo que podía significar, según los casos, su comarca, ciudad o región.

<sup>26</sup> Jeffrey Mehlman, *Revolution and Repetition: Marx/Hugo/Balzac*, Berkeley, 1977, p. 82.

<sup>27</sup> Maurice Agulhon, *The Republican Experiment, 1848-1852*, Cambridge, 1983, pp. 115, 196-197.

El nacionalismo, en opinión de Marx, era en primer lugar el opio de dos mundos sociales o «cuasi clases» amorfos que comprendían la mayor parte de la población francesa: los artesanos, tenderos y pequeños comerciantes urbanos, por un lado, y los pequeños propietarios rurales, por otro. Como describiría más tarde Zola con «extraordinario detalle en sus veinte novelas sobre los Rougon-Macquart (*Les Rougon-Macquart. Histoire naturelle et sociale d'une famille sous le Second Empire*, 1871-1893), esos grupos eran los que más tenían que perder de la modernización de la sociedad francesa y la resultante polarización entre el proletariado fabril y el gran capital. Para los pequeños propietarios y productores independientes, la «nación» representaba en 1848 la abolición mágica de la lucha de clases y el equilibrio imaginario entre las fuerzas sociales. La ciudad y el campo aspiraban a distintas versiones, en parte solapadas, del nacionalismo popular y la memoria histórica. La pequeña burguesía urbana, todavía leal a 1792-1794, era partidaria de un nacionalismo en buena medida democrático, mientras que los campesinos añoraban en su mayor parte el Imperio y la gloria napoleónica que habían vivido sus padres y abuelos. En la Asamblea Nacional Constituyente, tras la matanza de socialistas en las Jornadas de Junio, una mayoría republicana dirigida por Ledru-Rollin enarboló la tricolor en nombre de la nación, pero en opinión de Marx no eran un auténtico partido político, sino más bien «una camarilla de burgueses, escritores, abogados, oficiales y oficinistas de inclinaciones republicanas, que debía su influencia a las antipatías personales del país contra Luis Felipe, a los recuerdos de la vieja República, a la fe republicana de un puñado de entusiastas y sobre todo al *nacionalismo francés*, que mantenía vivo su odio a los Tratados de Viena y a la Alianza con Inglaterra»<sup>28</sup>.

En el campo, entretanto, los pequeños propietarios campesinos hijos y nietos de los «Inmortales» de Napoleón se veían aplastados por las deudas e impuestos, por un lado, mientras que, por el otro, el reparto de la herencia iba reduciendo inexorablemente el tamaño de las granjas,

---

<sup>28</sup> K. Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, MEW, cit., Band 8, 1960, p. 124 (cursiva de Marx) [«Es war eine Koterie von republikanisch gesinnten Bourgeois, Schriftstellern, Advokaten, Offizieren und Beamten, deren Einfluß auf den persönlichen Antipathien des Landes gegen Louis-Philippe, auf Erinnerungen an die alte Republik, auf dem republikanischen Glauben einer Anzahl von Schwärmern, vor allem aber auf dem *französischen Nationalismus* beruhte, dessen Haß gegen die Wiener Verträge und gegen die Allianz mit England sie fortwährend wachhielt»]; *The Eighteenth Brumaire*, en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, 50 vols., Progress Publishers (Moscú), Lawrence and Wishart (Londres) e International Publishers, Nueva York, 1975-2005, vol. II, 1979, pp. 112-113 [en adelante citado como MECW].

situación que variaba en cada *département*, pero que en su conjunto iba pauperizando progresivamente a los campesinos y convirtiéndolos en «trogloditas». Marx estimaba que «la deuda hipotecaria que carga sobre el suelo de Francia impone al campesinado francés el pago de unos intereses equivalentes al interés anual de toda la deuda nacional británica». La rápida desilusión con la República, que había elevado inmediatamente los impuestos en el campo, no hizo más que incrementar la añoranza del Imperio, que para los campesinos significaba tierra sin hipotecas y gloria nacional. Para Marx, observaba Bloom, «cada clase tendía a imaginarse la nación, y a veces toda la especie, a su propia imagen. A continuación procedía a adorar esa imagen. Para cada clase había una “patria” diferente». En el caso del campesinado, «el uniforme era su propia vestimenta estatal; la guerra era su poesía; la pequeña propiedad, extendida y completada en su imaginación, era su patria, y el patriotismo era la forma ideal del sentido de propiedad»<sup>29</sup>. El intenso localismo del campo francés, descrito tan famosamente por Eugen Weber, pudo dificultar la identificación nacional con las grandes ciudades y regiones distantes hasta finales del siglo XIX, pero el recuerdo del «Imperio» era imperecedero.

Pero ni la pequeña burguesía urbana cargada de deudas ni los pequeños propietarios rurales cargados de impuestos actuaban necesariamente de un modo puramente reflexivo o predeterminado, sino que más bien se orientaban hacia el partido o la clase que mejor representaba su supervivencia económica. «Marx –aunque no siempre Engels, escribe Benner– negaba que los miembros de las cuasi clases fueran congénitamente xenófobos o proclives a las astucias manipuladoras de la “falsa conciencia”. Su apoyo a determinadas políticas nacionalistas era condicional, y no totalmente irracional; y las condiciones decisivas implicaban intereses concretos en seguridad y bienestar material»<sup>30</sup>. Marx sugiere que la lógica popular del nacionalismo depende de un cálculo de sacrificio y ganancia: la promesa no solo del cielo y la gloria, sino también de ver aliviado el yugo de la opresión, o incluso mejor, de una redistribución favorable de la propiedad de otros. Solo el campesinado conservador, con

---

<sup>29</sup> K. Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, MEW, cit., Band 8, 1960, p. 201 [«Die auf dem französischen Boden lastende Hypothekarschuld legt der französischen Bauernschaft einen Zins auf, so groß wie der Jahreszins der gesamten britischen Nationalschuld»]; S. F. Bloom, *The World of Nations*, cit., p. 76; K. Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, MEW, cit., p. 203 [«Die Uniform war ihr eignes Staatskostüm, der Krieg ihre Poesie, die in der Phantasie verlängerte und abgerundete Parzelle das Vaterland und der Patriotismus die ideale Form des Eigentumssinnes»]; *The Eighteenth Brumaire*, MECW, cit., vol. II, 1979, pp. 190, 192.

<sup>30</sup> E. Benner, *Really Existing Nationalisms*, cit., p. 103.

otras palabras, era necesariamente un «saco de patatas». Marx entiende claramente la formación de clases como un proceso en último término contingente, condicionado por el nivel de desarrollo económico y la capacidad de los agentes políticos de clase para legitimarse como representantes de la nación. «La ideología nacional –insiste Benner– aparece en este contexto no como un mecanismo fijo o monolítico de una única ascendencia de clase, sino como una arena doctrinal clave en luchas por el poder político»<sup>31</sup>.

Gran parte de *El 18 Brumario* es, de hecho, un balance hipercrítico de las decisiones estratégicas tomadas por los principales agentes, en el que Marx establece claras distinciones entre posiciones de clase, intereses negociados entre grupos y la representación política de esos intereses. En la Segunda República, los partidos en el sentido moderno eran en el mejor de los casos embrionarios y ninguna clase social poseía la unidad o la tecnología política necesarias para imponer a las demás una única retórica del nacionalismo. El proletariado de París, derrotado en un levantamiento prematuro en junio de 1848 y sin organización a escala nacional, fue expulsado de escena muy pronto, mientras que la amplia nebulosa burguesa fue incapaz de organizarse como clase hegemónica una vez que las barricadas fueron desmanteladas y los socialistas sumariamente ejecutados o desterrados a Argelia (como señalaban Marx y Engels en *La ideología alemana*, «los individuos aislados solo forman una clase en la medida en que tienen que acometer una batalla común contra otra clase; en otros aspectos mantienen entre sí relaciones de hostilidad como competidores»<sup>32</sup>).

Tras una complicada coreografía de alianzas y conspiraciones, Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón, fue elegido presidente por una mayoría rural, al tiempo que la tradicionalmente dividida *haute bourgeoisie* –es decir, los grandes terratenientes (legitimistas) y los financieros-especuladores (orleanistas)– se unía precariamente en el Partido del Orden. Procedieron a desmantelar uno a uno los logros de la Revolución de Febrero, incluido el sufragio universal, y bajo el mando de Bonaparte enviaron una expedición para derrocar la brava república de Garibaldi

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>32</sup> K. Marx y F. Engels, *Die deutsche Ideologie*, MEW, cit., Band 3, 1969, p. 54 [«Die einzelnen Individuen bilden nur insofern eine Klasse, als sie einen gemeinsamen Kampf gegen eine andre Klasse zu führen haben; im übrigen stehen sie einander selbst in der Konkurrenz wieder feindlich gegenüber»]; *The German Ideology*, MECW, cit., vol. 5, 1975, p. 77.

en Roma. La oposición republicana, la «Montaña», realizó un tímido intento de insurrección el 13 de junio de 1849, que fue fácilmente derrotado. Pero la triunfal ofensiva del Partido del Orden contra la democracia socavó al mismo tiempo la legitimidad de la Asamblea Nacional y reforzó las pretensiones demagógicas de Bonaparte de representar a la nación más que a unas u otras clases. En un desenlace extraordinario, la «burguesía extraparlamentaria» –viendo los disturbios políticos como causa de la incipiente depresión comercial– repudió a sus propios representantes políticos y literarios y aceptó el golpe de Estado y el plebiscito de Bonaparte. Así barrió y arrojó a las alcantarillas a la Segunda República<sup>33</sup>.

Lo que siempre ha sorprendido e incluso escandalizado a sus lectores es la importancia que Marx le dio a aquella reliquia del absolutismo, el Estado francés, como «potencia independiente». Cuando los conflictos en la Segunda República se mostraron incapaces de llevar al poder a ninguna clase o alianza de clases capaz de estabilizar el sistema parlamentario, la crisis se resolvió mediante una dictadura plebiscitaria. *El 18 Brumario* concluye con la extraña victoria del Estado sobre la sociedad, de la camarilla sobre la clase y del nacionalismo (en su forma atávica) sobre la democracia<sup>34</sup>. Si el Segundo Imperio se hubiera derrumbado rápidamente (la

---

<sup>33</sup> Los acontecimientos de 1848-1851 en Francia, como los de cualquier revolución, fueron complejos debido a la entrada y salida en escena de tantos actores, así como al continuo cambio en el equilibrio de fuerzas, pero, como ha señalado Bob Jessop, el análisis de Marx no es una narración lineal convencional: «Los textos de Marx presentan una compleja periodización de la historia del momento, más que una simple cronología, lo que los convierte en modelo de análisis político que ha inspirado muchos análisis marxistas posteriores y que también se ganó el respeto de muchos historiadores académicos por su capacidad teórica y su perspicacia empírica. Distinguen tres periodos sucesivos, el primero de breve duración y el segundo y el tercero con tres fases cada uno, dividiendo la tercera fase del tercer periodo en cuatro pasos [...]. Marx ofrece tres interpretaciones de cada periodo. En su distinción de los periodos, se refiere primero a su importancia coyuntural inmediata, a continuación al lugar institucional primario en el que se desarrolla el drama político y su entorno. Además, cada periodo (y sus fases, cuando estas se distinguen) es analizado en términos de su pasado, su presente y, en la medida en que estaba al alcance del público o Marx la consideraba cognoscible, su importancia futura», Bob Jessop, «The Political Scene and the Politics of Representation: Periodizing Class Struggle and the State in *The Eighteenth Brumaire*», versión no impresa y sin paginación de «The Politics of Representation and *The Eighteenth Brumaire*», en Mark Cowling y James Martin (eds.), *The Eighteenth Brumaire Today: (Post)Modern Interpretations*, Londres, 2002.

<sup>34</sup> En algunos aspectos clave el fracaso de la Segunda República anticipaba el de la primera república alemana, tal como lo describe David Abraham: «La crisis de los últimos años de la República de Weimar se debió en parte a la incapacidad del



expectativa original de Marx), se podría haber descartado fácilmente como una aberración; pero la pervivencia del régimen durante toda una generación y el predominio de Napoleón III sobre la política continental dieron a las formulaciones contenidas en *El 18 Brumario* una importancia superior a la que Marx había pretendido inicialmente. Así, el «bonapartismo», como forma de Estado autoritario al que la burguesía cede prudentemente el poder, resurgiría episódicamente como categoría del análisis socialista clásico, en particular en la descripción por Engels del Reich de Bismarck, en la caracterización por Lenin del régimen de Kerenski, en la teoría de Thalheimer del fascismo y en la autopsia por Trotski del Gobierno de Hindenburg-von Papen que precedió a Hitler<sup>35</sup>.

El propio Marx volvió sobre este asunto una vez más en artículos sobre el *Crédit Mobilier* publicados en el *New York Daily Tribune* de Charles Anderson Dana en junio y julio de 1856 y en mayo de 1857. Gracias a una exégesis enorme pero muy original de Sergio Bologna en 1973, esos textos casi olvidados resultaron fundamentales para el análisis de la inflación y la política monetaria por los marxistas autónomos italianos durante los años de crisis de la década de 1970<sup>36</sup>. El *Crédit Mobilier* era un grupo empresarial y un banco de inversión de responsabilidad

---

Estado para organizar los intereses de las clases dominantes de una forma autónoma más allá de los intereses parciales. La República era incapaz de salvaguardar las relaciones sociales existentes, no porque existiera ninguna amenaza revolucionaria, sino debido a los conflictos y contradicciones dentro del propio bloque de clases dominantes, junto con los resultados de la indeterminación política de los años precedentes», D. Abraham, *The Collapse of the Weimar Republic: Political Economy and Crisis*, Nueva York, 1986, pp. 2-3.

<sup>35</sup> La caracterización del régimen de Bismarck por Engels es comentada por Hal Draper en *Karl Marx's Theory of Revolution, volume 1: State and Bureaucracy*, Nueva York, 1977, pp. 385-590. En cuanto a Thalheimer, véase Martin Kitchen, «August Thalheimer's Theory of Fascism», *Journal of the History of Ideas*, vol. 34, núm. 1, enero-marzo de 1973; V. I. Lenin, «El comienzo del bonapartismo», *Rabochy i Soldat*, núm. 6 del 29 de julio (11 de agosto) de 1917 [on line: <http://revolucionbolchevique.blogspot.com.es/2009/08/el-comienzo-del-bonapartismo-lenin.html>]; Leon Trotski, «Bonapartismo alemán», *Biulleten Oppozitsii*, núm. 32, diciembre de 1932 (escrito el 30 de octubre) [on line: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1932/octubre/30.htm>]. Menos convincente es la comparación efectuada por Trotski de las dimensiones cleptocráticas del Segundo Imperio con las del estalinismo en «The Bonapartist Philosophy of the State», *New Internationalist*, vol. 5, núm. 6, junio de 1939 [en cast., on line: <http://www.ceip.org.ar/La-filosofia-bonapartista-del-Estado>].

<sup>36</sup> Sergio Bologna, «Moneta e crisi: Marx corrispondente della "New York Daily Tribune", 1856-1857», en Sergio Bologna, Paolo Carpignano y Antonio Negri, *Crisi e organizzazione operaia*, Milán, 1974, pp. 9-72; ed. ing.: «Money and Crisis: Marx as Correspondent of the New York Daily Tribune, 1856-1857», en *Common Sense*, núms. 13 y 14, enero y octubre de 1993 [on line: <http://www.wildcat-www.de/en/material/csi13bolo.htm>].

limitada organizado por los hermanos Péreire, antiguos discípulos de Saint-Simon, para «movilizar» el capital con el que nutrir la industria y las obras públicas, en particular, la transformación de París por Haussmann. Mediante una inversión concentrada únicamente en sociedades anónimas, estimularon la coordinación y reorganización de la industria francesa. Marx lo denunció como un vasto fraude especulativo, que recordaba la burbuja de la Compañía de los Mares del Sur, que pretendía emular los éxitos obtenidos en Francia por John Law con la Compañía del Misisipi o de Occidente y cuyo colapso provocó la caída del gobierno británico: «El principio rector del Crédit Mobilier, representante del frenesí actual, es no especular en una línea determinada, sino especular en la especulación y universalizar el fraude al mismo ritmo que lo centraliza»<sup>37</sup>. Sin embargo, también reconocía que había «revelado la potencialidad productiva de la asociación [de capitales], no sospechada antes, y había dado vida a creaciones industriales a una escala inalcanzable para los esfuerzos de capitalistas individuales»<sup>38</sup>. En realidad, el «socialismo napoleónico» era más robusto de lo que creía Marx. El *boom* de la construcción inducido por el Crédit Mobilier y el frenesí inversor de capital permitieron al Segundo Imperio atravesar confortablemente la depresión de 1857.

Por la razón que fuera –quizá por su desprecio visceral hacia *le petit Bonaparte*–, Marx nunca amplió su análisis del «socialismo napoleónico», ni escribió más capítulos de lo que podría haber sido, si no *El capital*, quizá los *Grundrisse* de una teoría política materialista. Sus ocasionales artículos o cartas sobre el escenario francés (que habitualmente acaban con esperanzadas observaciones, como «Bonaparte me parece más débil que nunca») ofrecen apenas un vistazo de la asombrosa cultura de la especulación y el espectáculo del Segundo Imperio: los *grands projets*, incluidos la transformación de París y la excavación del canal de Suez; la invención de una «raza latina» y la consiguiente esfera de influencia al servicio de la política exterior francesa...<sup>39</sup>. La piedra angular de la identidad del régimen, además, era la *fête* de Saint-Napoléon establecida en 1852. Era el mayor acontecimiento patriótico o carnaval nacionalista anual escenificado en el siglo XIX, en el que se movilizaban enormes multitudes en

---

<sup>37</sup> K. Marx, «The Economic Crisis in Europe», *New-York Daily Tribune*, 9 de octubre de 1856 [on line: <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1856/10/09.htm>].

<sup>38</sup> K. Marx, «The French Crédit Mobilier, II», *New-York Daily Tribune*, 11 de julio de 1856.

<sup>39</sup> Para la cita [«Bonaparte scheint mir wackliger als je»], véase la carta de Marx a Engels del 26 de diciembre de 1865, *MFW*, cit., Band 31, 1965, p. 163; *MECW*, cit., vol. 42, 1987, p. 206.

París para disfrutar «un sentimiento común de gloria nacional»<sup>40</sup>. Si Marx sobreestimaba el poder militar de Bonaparte, subestimaba demasiado el perverso dinamismo del Imperio, así como la prolongada preeminencia de Francia (reanudada en la Tercera República) en cuanto a la generación de modelos para el nacionalismo moderno.

Pero no subestimaba el nacionalismo *per se*. Raramente se recuerda la principal lección política de los escritos sobre Francia. Sin la menor ambigüedad, Marx argumentaba, contra el estereotipo posmarxista, que el nacionalismo marcial era un combustible esencial para la revolución social, así como una condición previa para el liderazgo socialista sobre el campesinado y los estratos inferiores de las clases medias. Engels y él habían empleado ya ese argumento en el caso de Alemania, y Marx lo retomó en *La lucha de clases en Francia*, donde contrastaba 1848 con 1792, lamentando la ausencia de intervenciones extranjeras y de «un enemigo nacional al que hacer frente»:

La República no halló ante sí ningún enemigo *nacional*. Por consiguiente, no hubo grandes complicaciones extranjeras que pudieran incentivar las energías, apresurar el proceso revolucionario, impulsar hacia delante el gobierno provisional o arrojarlo por la borda. El proletariado de París, que consideraba la República como su propia creación, aclamaba naturalmente cada decisión del gobierno provisional que facilitara su asentamiento en la sociedad burguesa [...]. La República [Marx escribe sobre el primer periodo de la revolución] no encontró resistencia en el extranjero ni en el propio país. Esto la desarmó. Su tarea ya no era la transformación revolucionaria del mundo, sino que consistía únicamente en adaptarse a las relaciones de la sociedad burguesa<sup>41</sup>.

Evidentemente, Marx no propugnaba un nacionalismo proletario *per se*, sino la asunción por los socialistas del liderazgo en la defensa nacional,

---

<sup>40</sup> Sudir Hazareesingh, *The Saint-Napoléon: Celebrations of Sovereignty in Nineteenth-Century France*, Cambridge (MA), 2004, pp. 22-23, p. 31. El Día de la Bastilla (14 de julio) fue oficialmente establecido como fiesta nacional en 1880.

<sup>41</sup> K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850*, MEW, cit., Band 7, 1960, p. 22 [«Die Republik fand also vor sich keinen nationalen Feind. Also keine großartigen auswärtigen Verwicklungen, welche die Tatkraft entzündeten, den revolutionären Prozeß beschleunigen, die provisorische Regierung vorwärtstreiben oder über Bord werfen konnten. Das Pariser Proletariat, das in der Republik seine eigene Schöpfung erblickte, akklamierte natürlich jedem Akt der provisorischen Regierung, der sie leichter in der bürgerlichen Gesellschaft Platz greifen ließ (...) Die Republik fand keinen Widerstand, weder von außen noch von innen. Damit war sie entwaffnet. Ihre Aufgabe bestand nicht mehr darin, die Welt revolutionär umzugestalten, sie bestand nur noch darin, sich den Verhältnissen der bürgerlichen Gesellschaft anzupassen»]; *The Class Struggles in France*, MECW, cit., vol. 10, 1978, p. 58.

con el objetivo de acelerar el cambio revolucionario, tanto internamente como en los países vecinos; no se trataba de una actitud irreversible. Por razones similares, en 1870 Marx y Engels urgieron a sus camaradas alemanes a apoyar la alianza dirigida por los prusianos contra Napoleón III, mientras siguiera siendo una guerra de autodefensa nacional. Marx creía que «los franceses se merecían una paliza». Una victoria alemana, le decía en una carta a Engels, «transferiría el centro de gravedad del movimiento obrero en Europa Occidental de Francia a Alemania, y basta comparar los movimientos en ambos países desde 1866 para ver que la clase obrera alemana es superior a la francesa en teoría y en organización. Su predominio sobre los franceses en la escena mundial significaría también el predominio de *nuestra* teoría sobre la de Proudhon, etcétera»<sup>42</sup>. Engels, que en 1849 había predicho que «la próxima guerra mundial no solo causará la desaparición de las clases y dinastías reaccionarias de la faz de la tierra, sino también la de pueblos reaccionarios enteros» (en particular los «bárbaros eslavos»), volvió sobre este tema en 1891 en una extraordinaria carta a August Bebel, cuando la guerra contra Rusia parecía inminente:

Creo que, si somos derrotados, el chovinismo y la guerra de represalias florecerán en Europa durante los próximos años. Si vencemos, nuestro partido encabezará el triunfo. *La victoria de Alemania, por lo tanto, será la victoria de la revolución, y si viene la guerra, debemos no solamente desear esa victoria, sino promoverla con todos los medios disponible*<sup>43</sup>.

---

<sup>42</sup> Carta de Marx a Engels del 20 de julio de 1870, *MEW*, cit., Band 33, 1965, p. 5 [«Das deutsche Übergewicht würde ferner den Schwerpunkt der westeuropäischen Arbeiterbewegung von Frankreich nach Deutschland verlegen, und man hat bloß die Bewegung von 1866 bis jetzt in beiden Ländern zu vergleichen, um zu sehn, daß die deutsche Arbeiterklasse theoretisch und organisatorisch der französischen überlegen ist. Ihr Übergewicht auf dem Welttheater über die französische wäre zugleich das Übergewicht unsrer Theorie über die Proudhons, etcétera»]; traducido al inglés y citado en S. F. Bloom, *The World of Nations*, cit., pp. 146-147 [on line: [https://www.marxists.org/archive/marx/works/1870/letters/70\\_07\\_20.htm](https://www.marxists.org/archive/marx/works/1870/letters/70_07_20.htm)].

<sup>43</sup> F. Engels, «Der magyarische Kampf», en *Neue Rheinische Zeitung*, núm. 194, 13 de enero de 1849, ahora en *MEW*, cit., Band 6, 1959, p. 176 [«Der nächste Weltkrieg wird nicht nur reaktionäre Klassen und Dynastien, er wird auch ganze reaktionäre Völker vom Erdboden verschwinden machen»]; y carta a August Bebel del 29 de septiembre de 1891, *MEW*, cit., Band 38, 1979, p. 162 [«Werden wir geschlagen, so ist dem Chauvinismus und Revanchekrieg in Europa Tür und Tor geöffnet auf Jahre hinaus. Siegen wir, so kommt unsere Partei ans Ruder. *Der Sieg Deutschlands ist also der Sieg der Revolution, und wir müssen ihn, kommt's zum Krieg, nicht nur wünschen, sondern mit allen Mitteln befördern*» (la cursiva es mía)]; F. Engels, «The Magyar Struggle»; y carta a August Bebel, *MECW*, cit., vol. 49, 2001, p. 246.

*Cálculo de intereses*

Si la nación y el nacionalismo no son, por lo tanto, en los textos de Marx las aporías que pretenden los posmarxistas, ¿qué podemos decir de la acusación de Debray y otros autores de que Marx tenía un concepto de la política simplista, exclusivamente determinado por la clase?<sup>44</sup>. Desde los días en que el thatcherismo y el reaganismo se demostraron supuestamente impenetrables para el análisis marxista convencional, se ha solido afirmar que la «política de clase» es una fantasía de la práctica discursiva y la retórica política, más que poder económico organizado. Pero la política-como-discurso es de por sí una variante reduccionista que repudia no solo la macroestructura económica, sino también las instituciones políticas, así como sus intereses y modos de conflicto arraigados. Sufragio, constituciones y parlamentos, por otro lado, figuraban destacadamente en los análisis de Marx de las revoluciones de 1848. Quizá la mejor formalización *de facto* de la incipiente concepción de Marx de la política se encuentra en el texto de 1993 *Ballots and Barricades*, de Ronald Aminzade, un estudio de la reforma electoral y la identidad obrera de clase en tres ciudades francesas en proceso de industrialización a mediados del siglo XIX. Es una notable exploración de cómo los artesanos y obreros interpretaban el «republicanismo» y el socialismo desde el punto de vista de sus luchas cotidianas. Ronald Aminzade no se refiere explícitamente a *La lucha de clases en Francia* o a *El 18 Brumario*, pero su caracterización de las relaciones entre posición, organización e ideología de clase es ejemplar y coherente con la interpretación de Benner del pensamiento de Marx:

La traducción de los intereses de clase, basada en la posición de cada uno como terrateniente, tendero, obrero o capitalista, en disposiciones políticas subjetivas y acción política colectiva, depende de un proceso político en el que instituciones tales como los partidos e ideologías políticas, como el republicanismo, desempeñan un papel clave. Esas instituciones e ideologías no son independientes de las condiciones materiales y las fuerzas de clase, ni son capaces de crear por sí mismas intereses a partir de los discursos, sin el condicionamiento de las realidades materiales. Las posiciones estructurales dentro de la producción (esto es, posiciones de clase) definen una constelación de intereses que puede servir como base potencial para la acción política colectiva. Tal acción depende de la construcción de organizaciones políticas y la creación de identidades que no son simples reflejos de posiciones objetivas en la arena política, con reglas que constituyen oportunidades y restricciones y con múltiples enemigos y aliados potenciales. Esto significa que los factores de clase, por sí

---

<sup>44</sup> R. Debray, «Marxism and the National Question», cit., p. 31.

solos, nunca determinan plenamente cómo se expresarán esos intereses en programas y coaliciones políticas, ni si se harán políticamente sobresalientes los intereses basados en la clase, más que los enraizados en una estratificación racial, étnica o de género [...]. El reconocimiento de los determinantes institucionales y culturales del comportamiento político no tiene por qué llevar a proclamar la autonomía de la política [léase: nacionalismo] ni a abandonar el análisis de clase. Se puede rechazar una concepción reduccionista de clase de la política y, sin embargo, reconocer la centralidad de las relaciones de clase en cuanto a la configuración del comportamiento político<sup>45</sup>.

Esta admirable formulación exige, no obstante, una definición más completa de los «intereses basados en la clase». Como sabrán todos los lectores meticulosos de *El capital*, la lucha o pugna entre las clases adopta muchas formas. Asalariados y capitalistas, por ejemplo, batallan por controlar el ritmo y organización del proceso de producción («subsunción real»), por el precio de la fuerza de trabajo y por la reproducción social de la mano de obra. Los trabajadores, ya sea individual o colectivamente, compiten entre sí por el empleo y por la promoción. Las empresas de la misma línea de producción compiten parecidamente por los «superbeneficios» posibilitados por una mayor productividad derivada de nuevas tecnologías y divisiones del trabajo. Los productores para el mercado interno preconizan protecciones aduaneras, mientras que los exportadores son partidarios del libre comercio o al menos de la reciprocidad; pero los fabricantes en general, promuevan o no aranceles para sus propios productos, apoyan el libre comercio global del grano para reducir el coste de subsistencia de sus trabajadores. Entretanto, la economía productiva en su conjunto (que incluye los necesarios servicios comerciales y financieros) se enfrenta a los que extraen ingresos de la propiedad de la tierra y otros recursos naturales. Otros captadores de rentas intentan establecer monopolios y adquirir privilegios mediante la manipulación del Estado. El capital financiero, variadamente constituido, presta dinero tanto a la economía privada como al Estado, mientras que a menudo ocupa sus propias posiciones como propietario.

Se podría argumentar que los primeros textos de Marx sobre Francia prefiguraban las categorías analíticas concretas que constituyeron el destino último de su crítica de la economía política. En ellos caracterizó la Francia de la época como un capitalismo de compinches dominado por dos fracciones del capital en gran medida improductivas: los

---

<sup>45</sup> Ronald Aminzade, *Ballots and Barricades: Class Formation and Republican Politics in France, 1830-1871*, Princeton, 1993, p. 9.

terratenientes legitimistas y los financieros y especuladores orleanistas. Esos rentistas que controlaban el Estado explotaban implacablemente a la pequeña burguesía y a los pequeños agricultores mediante hipotecas, deudas e impuestos. Este reconocimiento de la variopinta naturaleza del conflicto de clase fue una innovación clave de *La lucha de clases en Francia*. Lo que impulsó el conflicto político tras las matanzas de proletarios en junio, según Marx, fue «la lucha contra los *modos de explotación secundarios del capital*, la de los campesinos contra la usura y las hipotecas o de la pequeña burguesía contra los comerciantes mayoristas, banqueros y fabricantes». «La monarquía de julio –añade Marx– no era otra cosa que una sociedad anónima por acciones para la explotación de la riqueza nacional de Francia [...]. No era la burguesía francesa la que gobernaba bajo Luis Felipe, sino una fracción de ella: banqueros, reyes de la bolsa, propietarios de las minas de carbón y de hierro y de los bosques, una parte de los terratenientes asociados con ellos; en definitiva, la llamada aristocracia financiera»<sup>46</sup>.

Ese cártel vampírico, que apenas contribuía a la producción, controlaba el crédito de la nación y en gran medida los impuestos y el gasto público; alentaba la expansión de la deuda nacional –a menudo para los proyectos ferroviarios y otros parecidos, de los que constituía el principal inversor– y a continuación financiaba la deuda (de la que era propietario) con impuestos punitivos a los pequeños productores. La explotación de los campesinos, mantenía Marx, «difiere únicamente en su *forma* de la explotación del proletariado industrial. El explotador es el mismo: *el capital*. Los capitalistas individuales explotan a los campesinos individuales mediante *hipotecas* y *usura*; la clase capitalista explota a la clase campesina mediante *los impuestos estatales*». La principal tarea de la República de Febrero, argumentaba, debería haber sido abolir la deuda nacional y con ella a los financieros; pero en lugar de ello, la Asamblea Nacional se convirtió en su agencia colectiva, elevando los impuestos a

---

<sup>46</sup> K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850*, MEW, cit., Band 7, 1960, pp. 20, 14, 12 (la cursiva es mía) [«(...) der Kampf gegen die untergeordneten Exploitationsweisen des Kapitals, des Bauern gegen den Wucherer und die Hypothek, des Kleinbürgers gegen den Großhändler, Bankier und Fabrikanten (...). Die Julimonarchie war nichts als eine Aktienkompanie zur Exploitation des französischen Nationalreichtums (...). Nicht die französische Bourgeoisie herrschte unter Louis-Philippe, sondern eine Fraktion derselben, Bankiers, Börsenkönige, Eisenbahnkönige, Besitzer von Kohlen- und Eisenbergwerken und Waldungen, ein Teil des mit ihnen ralliierten Grundeigentums – die sogenannte Finanzaristokratie»]; *The Class Struggles in France*, MECW, cit., vol. 10, 1978, pp. 57, 50 [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2005].

los campesinos y permitiendo que la clase de los comerciantes urbanos se hundiera en la bancarrota. La represión por el Partido del Orden de la pequeña burguesía radical en junio de 1849, escribe Marx, «no fue una tragedia sangrienta entre los asalariados y los capitalistas, sino un lamentable juego entre deudores y acreedores que llenó las prisiones». En cuanto a los campesinos, cargados abrumadoramente de impuestos letales, soñaban con un Segundo Imperio: «Napoleón era para los campesinos, no una persona, sino un programa. Con banderas, tambores y trompetas, marchaban hacia las urnas gritando: *Ne plus d'impôts, à bas les riches, à bas la République, vive l'Empereur!* Tras el emperador se ocultaba la guerra campesina. La República que derrocaron era la *República de los ricos*». Parecidamente, «para la pequeña burguesía, Napoleón significaba el dominio de los deudores sobre los acreedores»<sup>47</sup>.

A este respecto se puede realizar una interesante comparación con las ideas de James Madison en su famoso artículo para el número 10 de *The Federalist* (1787), en el que se inspiró Charles A. Beard para su libro *The Economic Interpretation of the Constitution* (1913)<sup>48</sup>. Madison argumentaba, contra Montesquieu, que una gran República, incluso continental, contendría mejor los conflictos entre facciones que el pequeño Estado participativo propugnado por la teoría republicana clásica. La propia multiplicación de grupos de interés bajo la Constitución propuesta, aseguraba Madison, reduciría la probabilidad de conflictos destructivos, alentaría la formación de coaliciones y favorecería la negociación en una asamblea legislativa nacional. Impasible ante los hechos económicos de la vida, creía que la lucha entre facciones sería de otro

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 84, 63, 44 (las cursivas son de Marx) [«(...) ihre Exploitation von der Exploitation des industriellen Proletariats sich nur durch die *Form* unterscheidet. Der Exploiteur ist derselbe: *das Kapital*. Die einzelnen Kapitalisten exploitierten die einzelnen Bauern durch die *Hypothek* und den *Wucher*, die Kapitalistenklasse exploitiert die Bauernklasse durch die Staatssteuer]; [Juni 1849 war nicht die blutige Tragödie zwischen der Lohnarbeit und dem Kapital, sondern das gefängnisreiche und lamentable Schauspiel zwischen dem Schuldner und dem Gläubiger]; [Napoleon, das war für die Bauern keine Person, sondern ein Programm. Mit Fahnen, mit klingendem Spiel zogen sie auf die Wahlstätte unter dem Rufe: plus d'impôts, à bas les riches, à bas le République, vive l'Empereur!, Keine Steuern mehr, nieder mit den Reichen, nieder mit der Republik, es lebe der Kaiser! Hinter dem Kaiser verbarg sich der Bauernkrieg. Die Republik, die sie niedervotierte, es war die *Republik der Reichen*»]; *ibid.*, pp. 122, 100, 80.

<sup>48</sup> Charles A. Beard, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, New York 1913, pp. 14-16 [ed. cast.: *Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Ediciones Arayú, 1953]. Una soberbia interpretación de las ideas de Beard es Clyde Barrow, *More Than a Historian: The Political and Economic Thought of Charles A. Beard*, New Brunswick, 2000.



modo incontenible, porque surgía de la propia naturaleza de la acumulación de riqueza en una economía liberal. Había tres principales ejes de conflicto:

El origen más común y duradero de las facciones ha sido la diversa y desigual distribución de la propiedad. Los poseedores y los que carecen de propiedades han constituido siempre distintos intereses en la sociedad. Los acreedores y los deudores caen bajo una discriminación parecida. En las naciones civilizadas crecen necesariamente un interés terrateniente, un interés fabril, un interés mercantil, un interés dinerario y muchos intereses menores, que las dividen en distintas clases, animadas por distintos sentimientos y opiniones. La regulación de esos diversos intereses en conflicto constituye la tarea principal de la legislación moderna, que debe integrar el espíritu de partido y de facción en las operaciones necesarias y ordinarias del gobierno<sup>49</sup>.

Marx nunca intentó una taxonomía formal de los conflictos económicos, pero las categorías correspondientes brotan fecundamente de sus páginas. Si, como dice Aminzade, las posiciones de clase fundamentales «definen una constelación de intereses que pueden servir como base potencial para la acción política colectiva», entonces debemos dejar un espacio conceptual para esas «posiciones» –las categorías madisonianas o beardianas–, que derivan de los «modos secundarios de explotación» de Marx. Como señaló Bob Jessop en su sagaz lectura de *El 18 Brumario*, «el contenido social de la política está relacionado principalmente con los intereses económicos de las clases y fracciones de clase, en pugna en coyunturas y/o periodos específicos, en una formación social particular, más que con intereses abstractos identificados a escala del modo de producción»<sup>50</sup>. Los conceptos de «nivel medio» de Marx –tan cruciales en sus análisis de la Revolución de Febrero– se perdieron en gran medida en el desarrollo subsiguiente de su herencia, aunque Gramsci recuperó importantes ideas sobre el liderazgo nacional proletario *en bloc* con los campesinos y la pequeña burguesía. De otro modo, es necesario sugerir que el principal problema en la mayoría de los análisis marxistas del nacionalismo, o incluso de la política en general, *no ha sido* un rechazo a reconocer la autonomía de lo discursivo, lo cultural o lo étnico, sino más bien la incapacidad de abarcar integralmente todo el campo de las relaciones de propiedad y sus conflictos derivados. Aunque sea una herejía decirlo, lo que necesitamos es *más* interpretación económica, no menos.

---

<sup>49</sup> James Madison, *The Federalist*, núm. 10: disponible en wikisource.org.

<sup>50</sup> B. Jessop, «The Political Scene and the Politics of Representation», cit.